

EVIDENCIAS PARTICULARES Y EVIDENCIA

URBANO FERRER SANTOS

El estudio de la evidencia hace posible que nos fijemos, ya en su aspecto objetivo, ya en su aspecto subjetivo. Pese a ser ambos correlativos —toda evidencia lo es de alguna verdad y ante alguna potencia cognoscitiva—, es diferente el balance que en cada caso resulta. Por el lado del objeto, su modalidad particular prescribe distintos tipos de evidencia: varía el género de síntesis de actos precisa según que la región objetiva sea la cosa material, el concepto universal, el juicio de valor o los datos de conciencia... Una primera tarea estribará en describir tales síntesis tomando por hilo conductor el objeto que a través de ellas se revela. Desde otro ángulo, es posible medir el grado de certeza correspondiente, estableciendo entre los mismos un orden de derivación, por ejemplo, al modo cartesiano, desde la resistencia que oponen a la duda metódica. De modo análogo ha procedido la fenomenología, recorriendo las evidencias particulares y estableciendo una gradación a partir de las eventuales apodicticidad y adecuación que presenten. Si la enfocamos por el lado del sujeto, la evidencia muestra inmediatamente su carácter general y derivado de la verdad, ya que, cualquiera que sea su índole particular, en todo caso estamos ante una actitud de atención y un ser requerido por parte del yo, cuyo origen sólo puede estar en el otro polo, en el no-yo. Este sentido unitario de la evidencia es lo que, en rigor, guía las críticas a las evidencias particulares, expuestas a error no en lo que tienen de evidencias, sino por lo que tienen de particulares¹. La filosofía clásica ha

1. CUÉLLAR BASSOLS, Luis, *El hombre y la verdad*, Herder, Barcelona 1981. El autor distingue entre las diversas actitudes posibles respecto de ver-

asignado el lugar preferente a este segundo enfoque, diferenciando las operaciones del entendimiento y el modo como en cada una hace frente la verdad. Si para la lógica formal la operación básica es el razonamiento, en que se exponen las leyes del discurso, para el conocimiento material, también para aquel en que desemboca el razonamiento, lo terminal es el juicio, pues sólo en él se formula la adquisición de un conocimiento que sea permanente². Lo evidente se explicita como tal en el juicio.

Partiendo del primero de los planteamientos mencionados, veremos si está formulada y en qué medida la recuperación del sentido unitario de la evidencia como vivencia de la verdad (*Erlebnis der Wahrheit*). Ahora bien, las evidencias no difieren entre sí sólo por las características peculiares de sus tipos objetivos, sino que es posible que una se monte sobre otra ya tenida, como cuando desde el lenguaje natural se llega a otro nivel semántico con nuevos criterios de verdad, o cuando se reflexiona sobre los actos de conciencia, cuyas evidencias no son las mismas que las de sus objetos primeros. Ello nos lleva, en un segundo momento, a retomar la noción general de evidencia, pero ahora en su posible equivalencia con aquella que esté en el origen de las otras, no en la línea de una derivación en el objeto particular, sino porque sea preciso remitirse a ella para la dilucidación de evidencias posteriores.

I. LA EVIDENCIA COMO GÉNERO EIDÉTICO

A partir de distintos ejemplos de evidencia se puede llegar a su noción unitaria por reducción eidética, que reúna el carácter

dades particulares (certeza, opinión, duda e ignorancia) y una única actitud congruente de certeza ante la Verdad en general, sin la cual no se legitiman las anteriores. «El olvido de la Verdad es el olvido de aquella relación fundamental en la cual y sólo en la cual puede aparecer toda verdad; a saber, la relación «imperatividad normativa-receptividad atentativa» (pág. 133). Tanto la actitud crítica cartesiana como la *ἐποχή* de Husserl se resienten, a juicio de Cuéllar Bassols, de una común miopía ante el ámbito de la Verdad.

2. Ver MURALT, André, *La idea de la fenomenología*, Apéndice, Cap. II: Confrontación de la Escolástica y la Fenomenología, Centros de Estudios Filosóficos, México, 1963.

eidético común en todos los casos prescindiendo de sus modalidades particulares. Así resulta que su término tiene siempre una necesidad objetiva —que no es forzosidad psíquica— y que, en consecuencia, es patentizado de idéntico modo por cualquier subjetividad, no pudiendo darse aquí, como ocurre a veces en los contenidos de las sensaciones, en que es modificada la potencia subjetiva, una deformación en la verdad, en tanto que se hace evidente. «No sucede en esto lo que solemos imaginar cuando pensamos la relación entre los contenidos de la sensación y los sentimientos correspondientes: que dos personas que tienen las mismas sensaciones sean afectadas por ellas de distinta manera. La evidencia no es otra cosa que la vivencia de la verdad»³.

En vez de dilucidar la evidencia desde la verdad, HUSSERL obtiene la verdad como idea genérica a partir de distintos casos de evidencia vivida, en que hay la aprehensión de una concordancia entre la mención y lo que se hace presente. Atendiendo a que no se presenta el objeto en la totalidad de su contenido, la verdad es el *telos* de las ejemplificaciones de evidencia, el cual permite la continuidad en las distintas fases por las que pasa un proceso de evidenciación o perceptivo. A continuación del texto citado prosigue: «Y la verdad no es vivida, naturalmente, en un sentido distinto de aquel en que puede ser en general vivencia el objeto ideal contenido en un acto real. Con otras palabras, la verdad es una idea cuyo caso individual es vivencia actual en el juicio evidente»⁴.

La evidencia en su sentido más propio es, igual que la verdad, el término teleológico, logrado imperfectamente las más de las veces, en una totalidad articulada de actos que se continúan según el esquema intención-cumplimiento. «La evidencia es un modo universal de la intencionalidad referido a la vida de conciencia en su conjunto; gracias a ella la conciencia tiene una estructura teleológica universal»⁵. Pero de esta suerte el sentido unitario de la evidencia —y de la verdad— es puesto en una idea situada en el infinito, realizable por etapas y con alcance regulativo.

3. HUSSERL, E., *Investigaciones Lógicas*, I, Prolegómenos, Rev. Occidente, Madrid, 1967, p. 219.

4. *Ib.*

5. *Lógica formal y trascendental*, Centro de Estudios Filosóficos, México, 1962, p. 169; véase también la 1.ª y 2.ª de las *Meditaciones Cartesianas*.

Tal noción de evidencia está en conexión con la noción de objeto espacial, como unidad ideal que no se resuelve en la suma de los contenidos sensibles duraderos que se ofrecen como pertenecientes a él, sino que se sustrae de alguna forma a lo positivamente mostrable, quedando sólo apuntado a través de la serie de los apareceres. La unidad intemporal del objeto es lo que entrelaza sus distintos momentos temporales. Como tal se acredita en la iterabilidad, siempre posible, del mismo objeto y de sus relaciones ideales. «Cuando aprehendemos el sonido que dura, para decirlo brevemente, «este sonido», no estamos vueltos hacia el presente momentáneo y que, sin embargo, se cambia continuamente (es decir, hacia la fase que suena ahora), sino *a través de* este presente, a través de su cambio, sobre el sonido en tanto que unidad que por esencia se figura en este cambio, en este flujo de apariciones»⁶.

La evidencia, como presencia a los objetos, se va diferenciando según la región correspondiente. «C'est dans cette présence de la conscience devant les objets que consiste le phénomène premier de la vérité»⁷. Una vez tenida, no es un sentimiento pasajero, sino que queda como posesión duradera⁸. El signo de la retención del objeto evidente es la cópula, por medio de la cual no es aquel sólo desplegado en sus determinaciones, sino que éstas le son fijamente incorporadas. «En el concepto pregnante de objeto como objeto de conocimiento está implicado que sea idéntico e identificable más allá del tiempo que dura su donación intuitiva, que lo que fue dado una vez en la intuición pueda, incluso si la intuición ha pasado, ser salvaguardado y quedar a título de posesión duradera»⁹.

6. «Wenn wir den fortdauernden Ton, kurz gesagt, «diesen Ton» erfassen, sind wir nicht auf die momentane und doch kontinuierlich sich wandelnde Gegenwart (die jetzt erklingende Phase) gerichtet, sondern durch sie in ihrem Wandel hindurch auf den Ton als Einheit, die sich wesensmässig in diesem Wandel, diesem Fluss von Erscheinungen darstellt» (*Erfahrung und Urteil*, Hamburg, 1948, p. 117).

7. LEVINAS, E., *Théorie de l'intuition dans la phénoménologie de Husserl*, Vrin, Paris, 1970, p. 133.

8. HUSSERL, *Méditations Cartésiennes*, Vrin, Paris, 1969, p. 51.

9. «Im prägnanten Begriff des Gegenstandes als Erkenntnisgegenstandes liegt es, dass er Identisches und Identifizierbares über die Zeit seiner anschaulichen Gegebenheit hinaus ist, dass das, was einmal in der Anschauung gegeben wurde, auch wenn die Anschauung vorbei ist, noch als bleibender Besitz muss aufbewahrt werden können» (*Erfahrung und Urteil*, pp. 232-233).

Ahora bien, pasar de la evidencia del objeto espacial a otras evidencias —lo cual es obligado para llegar a un concepto universalmente aplicable de evidencia— parece traer consigo no incorporarles algunas de las características que en aquel marco eran válidas, así como dar un alcance nuevo a aquellos otros rasgos que no sean exclusivos de los objetos espaciales. Por lo que hace a lo primero, resulta confuso hablar de un lado no presente en el conocimiento del otro hombre, perfil que sería compresentado por las señales externas proyectadas por el acuerdo: análogamente a como el cuerpo circular tiene un lado oculto, compresentado por el propiamente presente, pero con la diferencia de que el aspecto ausente de la vida ajena no llegaría a hacerse presente en un momento posterior¹⁰. La fenomenología existencial de Gabriel Marcel ha corregido esta visualización de la intimidad de la otra vida, en exceso prendida de las condiciones de la evidencia espacial, admitiendo una cierta presencia de la misma, a través, por ejemplo, de la dimensión ética del respeto, así como un reconocimiento actualizador por medio de la virtud de la fidelidad, que, en la medida en que exige nuevas respuestas, dadas libremente, es llamada fidelidad creadora. Virtud que no podría entenderse sin la perpetuación activa de la presencia del otro en quien la guarda¹¹. Respecto del segundo as-

10. Una aplicación del anterior modelo objetivo espacial al conocimiento del otro se encuentra en Ortega: «...el cuerpo del otro, quieto o en movimiento, es un abundantísimo semáforo que nos envía constantemente las más variadas señales o indicios o barruntos de lo que pasa en el dentro que es el otro hombre. Ese dentro, esa intimidad no es nunca presente, pero es compresente, como lo es el lado de la manzana que no vemos» (*El hombre y la gente*, I, Rev. de Oc., Madrid, 1967, p. 128). A lo largo de todo el libro se advierte un cargar las tintas por parte del ilustre pensador español en los aspectos de ocultamiento y hostilidad («periculosidad» según su expresión) en la presentación de la otra vida. —

11. Hay presencias de lo que, dándose en el espacio y tiempo, trasciende este género de categorías. «Espontáneamente nos inclinamos a tratar la existencia como el hecho de que una cosa esté aquí, pero que al mismo tiempo puede no estar aquí... Pero si mi atención se concentra sobre este simple hecho: yo existo, o este otro: tal ser que amo existe, la perspectiva cambia; existir ya no quiere decir sencillamente estar aquí o estar en otra parte, sino probablemente trascender en forma esencial la oposición del aquí y del otra parte» (MARCEL, G., *El misterio del ser*, Edhasa, Barcelona, 1971, p. 191). Esta consideración del existir se hace extensiva al propio cuerpo:

pecto, relativo a los caracteres más generales de la evidencia, reparemos en la condición sucesiva en la captación de los objetos externos, que para hacerla valer en general habrá de estar en relación no sólo con la estructura espacial de éstos, sino en último término con la temporalidad de la conciencia humana, tal que no se le revela en su integridad *uno intuitu* lo que está conociendo¹². El conocimiento de las esencias tiene, en efecto, asimismo un carácter sucesivo y gradual en la presentación de las evidencias que lo articulan¹³. En ambos casos progresar en el conocimiento objetivo es posible contando desde el inicio con lo que HUSSERL llama acto tético o posicional. Por ello, la idea general de evidencia no es estrictamente un género eidético, al estar falta de la aposicionalidad o neutralidad de éstos.

Así lo expresa HUSSERL al caracterizarla como la «confirmación verificadora de la significación existencial de la correspondiente intención»¹⁴. Los predicados «verdadero» o «falso» recaen sobre una intención que está afectada por un índice de creencia existencial —frente a lo que es sólo representado. La evidencia, sea sensorial o intelectual, es «unidad de una posición racional con lo que la motiva esencialmente»¹⁵. Pero la posición es punto de par-

«mi cuerpo en tanto presencia no se deja reducir a mi aparato, a mi instrumento. Yo soy mi cuerpo; en cambio, no soy mi pala ni mi bicicleta» (ib).

12. Husserl ha descrito fenomenológicamente la temporalidad de la conciencia inmanente, aplazada en el momento de tratar de la percepción objetiva por tratarse de un fragmento de análisis relativamente independientes. Sin embargo, aquí no nos referimos a la temporalidad formal, sino a la temporalidad requerida por el modo como la conciencia efectúa la captación de sus objetos. La unidad de éstos no se confunde con el instante presente de la conciencia ni tampoco con sus esbozos o manifestaciones espaciales, según el propio Husserl.

13. Para la filosofía escolástica la mente procede según un determinado orden en sus aprehensiones. «En el primer instante de la aprehensión, el entendimiento no aprehende enseguida la naturaleza de la cosa: la aprehensión es primeramente parcial. Suponiendo que una quiddidad sea conocida, se llegará poco a poco, gracias a ella, a las propiedades, los accidentes, las relaciones concernientes a esta esencia» (RABEAU, Gaston, *Species, verbum. L'activité intellectuelle élémentaire selon Saint Thomas d'Aquin*, Vrin, Paris, 1938, p. 68).

14. HUSSERL, *Méditations cartésiennes*, Vrin, Paris, 1969, p. 50.

15. HUSSERL, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, F. C. E., México, 1962, p. 327.

tida, que acompaña a la mención dada por válida antes de ser confirmada¹⁶. No es el objeto como tal el que produce la certeza, sino tan sólo su confirmación. Es indudable que los motivos de certeza son externos a la conciencia, pero sólo la pueden engendrar porque el sujeto tiende siempre al asentimiento cierto, hasta el punto de que cuando no es aquella posible, cabe la conversión de los caracteres dudosos en caracteres de ser, objeto de creencia, pues lo dudoso no puede ser la duda como tal (naturalmente, la certeza en que se convierte la duda tendrá un carácter, por así decirlo, provisional).

Se encuentra aquí una dificultad, que guarda analogía con la relativa a la creencia en el mundo exterior *en general*, entendido no como conjunto de objetos particulares. Esta creencia en el mundo es base (*Boden*) del conocimiento de los objetos mundanos, no se ejerce, por tanto, sobre ninguno en particular. Pues si los objetos particulares, tal como son anticipados, pueden ser cancelados —y en tal sentido su evidencia no goza de apodicticidad—, lo que cancela la evidencia anterior sólo puede ser otra evidencia también mundana. La conciencia tiene al mundo como correlato posicional¹⁷. La certeza que se refiere al mundo, así como la del propio yo, no habrían de esperar a su confirmación para transformarse en evidencias, sino que, dada la indubitabilidad interna de sus objetos, HUSSERL las tiene por irrecusables o apodícticas. Algunos comentaristas han encontrado aquí una herencia cartesiana sobrepuesta al principio fenomenológico de la conciencia como mera relación o apertura a los objetos. Para DESCARTES el mundo exterior es una creencia, cuyo origen no está en las ideas, clausuradas en el yo y

16. La validez posicional es considerada anterior a la síntesis de la evidencia. «Ces objets valent pour moi; autrement dit, ils sont mes cogitata et ces cogitata sont présents à la conscience dans le mode positionnel de la croyance» (Méd. cart., ib).

17. «La totalidad de nuestro mundo, en el que nos encontramos viviendo, permanece cierta, aun cuando muchos individuos en él devengan dudosos y nulos. Siempre son tan sólo partes singulares del mundo las que caen bajo la corrección del «no así, sino de otra manera». Ello significa que la base universal de la creencia en el mundo (Weltglauben), de la certeza del mundo (Weltgewissheit), es el supuesto de toda posición y negación singulares» (LANDGREBE, Ludwig, *El camino de la Fenomenología*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1968, p. 68).

creadas por Dios con independencia de la creación del mundo; la concordancia entre el mundo y las ideas no se basaría en ninguna evidencia.

Sin embargo, sólo desde alguna percepción se puede legitimar el hecho de que se dé un índice de creencia en la mención. Si no se trata del criterio cartesiano inmanente de claridad y distinción en la idea, la correlación entre el acto posicional y la verdad de su objeto, admitida por HUSSERL, lleva a poner en ésta la motivación de la posición de aquél. Pero esta verdad no será un horizonte indeterminado, sino un objeto particular tan determinado como lo sea el grado de legitimidad de su posición. Según indica WAELHENS: «La croyance en ce monde «précède» toute perception, mais la réflexion sur cette croyance ne peut s'instaurer qu'à partir d'une expérience particulière qui sera toujours, en dernière analyse, une perception»¹⁸. Una creencia hecha consciente como creencia es lo mismo que un juicio con pretensión de verdad, y tal juicio no podría preceder a la percepción particular (la posibilidad del error en el juicio no lo invalida, pues HUSSERL reitera que el error se da desde alguna identidad o sujeto verdadero).

Las evidencias espaciales no nos podrán entregar la noción general de evidencia si resulta que sólo se pueden advertir enmarcadas en otras evidencias, donde ya no cabe separar los dos momentos de la mención posicional y de la verdad confirmadora (gradualmente). Pues el hecho de que la evidencia espacial sea inadecuada es objeto de evidencia esencial, que a diferencia de la anterior no podría quedar cancelada. Cada objeto individual está subordinado a su correspondiente género eidético. «Puede ser hecho *evidente* que aquella especie de evidencia (la de los objetos externos) posee *necesariamente* un horizonte de anticipaciones...»¹⁹. Líneas antes dice que no es concebible otra evidencia que la inadecuada para los objetos externos. Expresiones como «evidencia necesaria» o «inconcebibilidad» apuntan a un género de evidencia no inadecuada, cuyo correlato verdadero engloba la verdad particular de las evidencias inadecuadas. La inadecución de una primera evidencia sólo

18. WAELHENS, Alphonse de, *Phénoménologie et vérité*, P.U.F., Paris, 1953, pp. 52-53. Los subrayados son míos.

19. *Méditations cartésiennes*, p. 52.

puede hacerse evidente como verdad dada de un modo que no es el inadecuado de las evidencias que incluye.

II. LA EVIDENCIA PRIMERA

La evidencia que hace posible la posición del acto de conciencia no puede ser en primer término la del juicio, por más que en el juicio se haga explícita. La formalización lógico-predicativa reposa sobre la unidad-objeto, a la que aplica sus determinaciones, pudiendo estar haciendo las veces del objeto un sustrato vacío, no hecho evidente. La evidencia del objeto como tal trae consigo un cambio de actitud en relación con la evidencia de las operaciones lógicas. Tampoco reposa sobre sí misma la evidencia de los actos y estructuras formales de la conciencia, sino que se constituye simultáneamente a las diferencias entre sus objetos y regiones objetivas. «Una conciencia que edifica unidades intencionales no funda sólo, no tomando ella parte, el sentido de estas unidades exteriores, sino que es acuñada (*geprägt*) ella misma por estos cumplimientos y sus consecuencias»²⁰. En ambas situaciones, pues, la básica es la evidencia objetiva.

Veamos en primer término cómo entiende HUSSERL la relación entre las objetividades individuales, a las que determinan las operaciones lógicas, y aquellas otras cuyo alcance es meramente lógico-formal. Dentro de las últimas se diferencia la morfología de las significaciones de la lógica analítica. La primera tiene por elementos básicos la *forma primordial* (S es P) y la *construcción*. La construcción puede ser por particularización sucesiva, como en «S es P \rightarrow Sp es Q...», y por modificación, como «si S es P, entonces Sp». A su vez, la complicación posible es por *composición de juicios*, sin que medien consecuencias, sino sólo la complicación del entretejimiento formal. A lo que se llega no es, como en la particularización y modificación, a un resultado material, como algo que la sola forma

20. «Ein Bewusstsein, das intentionale Einheiten aufbaut, stiftet nicht, als selbst unbeteiligt bleibendes, nur den Sinn dieser Aussen-einheiten, sondern es wird selbst auch von diesen Vollzügen und ihren Folgen her geprägt» (DRUE, Hans, *Edmund Husserls System der Phänomenologischen Psychologie*, Walter de Gruyter-Co, Berlin, 1963, pp. 132-133).

garantizara, sino a meras operaciones con formas, en que el elemento susceptible de impleción material se comporta indiferentemente respecto de ellas.

En la morfología de las significaciones se trata de las formas posibles de juicios, que en los dos sentidos aludidos —el constructivo y el operativo por composición— están sometidas a alguna legislación. En la lógica analítica se trata de las formas que hacen a los juicios posibles a partir de otros. Las relaciones analíticas no pretenden pasar del juicio simple al compuesto, ni de la predicación a la atribución como condición para una nueva predicación, sino más bien lo inverso, llegar a la unidad definida de juicios (deductivamente unificada) desde la multiplicidad de su clasificación primera.

El objeto que el conjunto de las formas determinan es el punto de enlace entre la lógica analítica o de la consecuencia y la lógica de la verdad. «La lógica, aun cuando quiere ser una lógica meramente formal, quiere referirse a esferas posibles de objetos y a su conocimiento posible, a teorías sistemáticas posibles»²¹. La estratificación de la lógica no significa una separación entre los niveles, sino una subordinación de carácter intencional. Esta estratificación es hecha posible por la dualidad de niveles en el juicio, en tanto que «lo mencionado en cuanto tal», sin perder su carácter objetivo, se apoya en lo simplemente objeto o primeramente juzgado. La evidencia en su sentido propio y terminal respecto de las operaciones formales es la que tiene como correlato la categoría de objetividad. «La categoría de evidencia y la categoría de objetividad son correlatos»²². No podría estarse hablando de la objetividad indeterminada o soporte vacío del operar lógico que es el «cualquier algo», dado que la formalización del objeto tiene su origen en la cópula; como la invariabilidad de ésta no puede entenderse sin los dos términos que vincula, les presta el mismo carácter formal inseparable del juicio que a ella corresponde.

Sin embargo, la objetivación ideal es una operación siempre posible. Basta con nominalizar cualquier juicio o cualquier otra

21. *Lógica formal y trascendental*, p. 144.

22. O. c., p. 169.

síntesis de miembros para hacerse presente un nuevo objeto, pero ya no como dado en la experiencia individual, sino como unidad ideal. Una vez nominalizado, lo que era sentido lógico o gramatical pasa a ser objeto. Y es ésta una tarea proseguible indefinidamente. ¿Hay lugar, entonces, a hablar de nuevas evidencias cuyo correlato ya no fuera el objeto individual? Reparemos en que se trata de una posibilidad análoga a la formación de la serie numérica, con sólo las nociones del primer miembro y de la sucesión. Una serie indefinida de lenguajes, construidos sucesivamente, es lo que impide incurrir en las paradojas semánticas. Cada número es como el nombre de sus predecesores. Ahora bien, tanto la serie de los números como la de los lenguajes es formal, no pudiendo encontrarse en ella la base intuitiva del número. La verdad del primer lenguaje no queda resuelta al suponer un metalenguaje, análogamente a como la intuición material del número es esquivada en la serie formal²³. El hecho de que sólo en el juicio se constituya formalmente la evidencia del objeto permite concluir que los predicados forman parte de tal evidencia. «A la naturaleza como configuración de juicios, particularmente como configuración de conocimientos científicos particulares, le estará subordinada naturalmente la naturaleza como configuración de la experiencia, como unidad de la experiencia actual y posible, tanto propia como común con los demás, pero estar subordinada a ella es a la vez estar comprendida en ella»²⁴. Y los predicados metalingüísticos que sucesivamente vamos atribuyendo a los nuevos objetos son tomados del mismo nivel objetivo experiencial en que tales objetividades ideales han quedado inscritas a partir del último metalenguaje empleado. «Si se establece su senti-

23. La base intuitiva del número es finita, por ser también finito el número de individuos percibidos en el cosmos. La posibilidad siempre abierta de sucesor es señal de finitud. «La base intuitiva de establecer relaciones y crear números están delimitadas de antemano por la cantidad de individuos que hay en el cosmos. El número de tales individuos es siempre finito. Existirá, en consecuencia, un máximo cardinal cuyo sucesor sea la clase nula, es decir, que no tenga sucesor. Ninguna duda puede caber respecto a la finitud de un conjunto N que pretenda una base intuitiva para lo que llamamos número natural» (MÉNDEZ, José M., *Finito e infinito*, Instituto de Estudios Axiológicos, 1981, p. 106).

24. *Lógica formal y transcendental*, p. 122.

do auténtico, la intencionalidad de los juicios predicativos remite en último término a la intencionalidad de la experiencia»²⁵.

La lógica de la verdad no amplía el contenido de la lógica de la consecuencia, sino que sólo hace introducir en ella la función de la evidencia y dar el giro subjetivo correspondiente a los principios lógicos. Si en la esfera de los sentidos objetivos intervienen las leyes lógicas, la evidencia, en cambio, hace referencia a *cualquier* subjetividad, a la cual se hacen presentes las mismas posibilidades ideales de la lógica, pero ahora atravesadas por la intención del conocimiento. Pero ello es posible porque todo juicio está de antemano decidido. El propósito de decidir un juicio se apoya en la convicción firme de que el juicio tiene como propio el predicado de la verdad, cualquiera que sea el sentido —positivo o negativo— en el que tal predicado afecte a lo formulado en el juicio distinto. «Todo juicio está decidido en sí, su predicado de verdad o falsedad «forma parte» de su esencia, aunque no sea una nota constitutiva del juicio en cuanto juicio»²⁶.

Por lo que hace al segundo aspecto aludido al comienzo de este apartado, voy a señalar únicamente que las fases del transcurso de la conciencia hay que situarlas, según HUSSERL, en correlación con la intencionalidad transversal o referencia de la conciencia a algún objeto. Aunque intencionalidad longitudinal y transversal supongan dos direcciones diferentes de la atención, se dan implicadas, como quiera que el sucederse de los contenidos duraderos en la conciencia (o bien, las diferentes presentaciones de un objeto intemporal) es a la vez el sucederse de la propia conciencia. «Hay en un solo y mismo flujo de conciencia dos intencionalidades, formando una unidad indisoluble, exigiéndose la una a la otra como dos lados de una sola y misma cosa, enlazados el uno al otro»²⁷. La evidencia de las conexiones en la propia conciencia no se constituye en una corriente de conciencia diferente de la que es especificada por las objetividades en transcurso. Es la misma corriente en su

25. O. c., p. 220.

26. O. c., p. 206.

27. «Demnach sind in dem einen, einzigen Bewusstseinsfluss zwei untrennbar einheitliche, wie zwei Seiten einer und derselben Sache einander fordernde Intentionalitäten, miteinander verflochten» (HUSSERL, *Zur Phänomenologie des inneren Zeitbewusstseins*, Haag, Martinus Nijhoff, 1966, p. 83).

fluir la que se hace aprehensible, sin necesidad de una segunda corriente. «El flujo de la conciencia se constituye él también manifiestamente en la conciencia como unidad. Es en él donde se constituye por ejemplo la unidad de la duración de un sonido, pero él mismo se constituye por su parte como unidad de la conciencia de la duración del sonido»²⁸. Este sucederse originario de las vivencias de conciencia no depende como tal de algún acto de reflexión, sino que viene implicado en los actos de conciencia objetiva y queda fijamente prescrito a través de la cadena de las retenciones, que son en primer término retenciones de algún contenido objetivo que acaba de pasar.



28. «Also konstituiert sich offenbar auch der Bewusstseinsfluss im Bewusstsein als Einheit. In ihm konstituiert sich z. B. die Einheit einer Ton-Dauer, er selbst aber als Einheit des Ton-Dauer-Bewusstseins konstituiert sich wieder» (o. c., p. 80).